

# ¡Gocémonos amado! el amor y la noche hechos poesía en la obra de Juan de la Cruz

MANUEL ORTEGA ÁLVAREZ

*“Dicen los biógrafos que Tomás de Aquino, cuando ya tenía escritos sus asombrosos volúmenes de ciencia teológica, recibió de Dios una «experiencia vital de unión amorosa»: una experiencia mística. Explican los biógrafos que Tomás de Aquino quedó «sonado»: suspenso, pasmado. Y no quiso ya escribir una línea. «Aquello» era otra cosa. Su teología ¿para qué? Ni una línea más quiso escribir. Mancio del Corpus Christi no lo contó. A fray Juan le hubiera gustado”.*

*“Cuando se puso a cantar le brotaron canciones de cristal”.*

José María Javierre

**Resumen:** A partir de un vínculo que une poesía y teología se analizan algunas características de la obra poética de Juan de la Cruz, a fin de destacar el amor divino-humano que en ella se expresa como celebración gozosa en medio de la

noche. Finalmente, se rescatan estas características, en lo que puedan tener de valiosas para el quehacer teológico contemporáneo.

**Abstract:** Some of the characteristics of the poetic works of Juan de la Cruz are analyzed, based on the link between theology and poetry, with the goal of emphasizing divine-human love that is expressed as a joyous celebration in the midst of the night. The author then reflects on these characteristics as they apply to doing theology today.

## 1. "HIJO SOY DE UN POBRE TEJEDOR": CONTEXTO HISTÓRICO DE JUAN DE LA CRUZ

La vida y la obra teológica-literaria de Juan de Yepes se funden y se hacen una sola, a lo largo de un camino recorrido en la noche. De Fontiveros a Torrijos y luego a Medina del Campo con su madre, Catalina Álvarez, y su hermano, Francisco; para ese entonces su padre Gonzalo de Yepes y su hermano Luis habían muerto en medio de la pobreza. Del hospital de sifilíticos, donde sirvió con abnegación a los enfermos, a las aulas universitarias salmantinas; del convento a la prisión de Toledo. No gustó el santo descalzo, como sí lo hiciera su mentora, Teresa de Jesús, contar explícitamente sus vivencias místicas; pero sus poesías reflejan una vida de unión con Dios, sumergida en la gracia e inundada de amor.

---

**Palabras clave:** Poesía, teología, mística, espiritualidad, lenguaje teológico.

**Key words:** Poetry, theology, mysticism, spirituality, theological language.

Las apacibles letras de los escritos sanjuaninos podrían llamarnos a engaño, al creer que, tal y como aparece el santo en múltiples retratos, fue su vida un lecho de rosas y su obra un encumbre místico abstraído totalmente de la realidad. Nada más errado que eso. Convivió con la pobreza y el sacrificio, su familia conoció el hambre y la desesperación; pero también compartió la compasión y el amor hacia aquellas personas que más sufren. A la vez, le ha correspondido a fray Juan vivir en un momento de efervescencia política, económica y religiosa como pocas veces ha visto Europa.

*Convivió con la  
pobreza y el sacrificio,  
su familia conoció  
el hambre y la  
desesperación; pero  
también compartió la  
compasión y el amor  
hacia aquellas personas  
que más sufren.*

El año en que nace Juan de Yepes —1540 o 1542, no hay unanimidad de criterios— la península ibérica es un enorme tejido en el que se entrecruzan diversas culturas, sobre todo la judía, la islámica y la cristiana. Incluso, algunos estudiosos suponen que el máximo exponente de la poesía del *Siglo de Oro* español lleva en sus venas tanto sangre árabe, por parte de su madre, como judía, por parte de su padre, hecho que, de comprobarse, sería gratificante para todas aquellas personas que creemos en la hermandad de todas las religiones y en la unidad de todo el género humano<sup>1</sup>.

Para la época, España, a pesar de la ignominiosa conquista en tierras americanas, estaba sumida en la pobreza<sup>2</sup>. De 1540 a 1545 la situación es ciertamente difícil. Aunque el ibérico Carlos

---

<sup>1</sup> Javierre expone la probabilidad de tal hipótesis: “Nos encontramos así acrecido el «enigma Juan de la Cruz»: en la cúspide misma de la mística tendríamos un creyente cristiano con sangre cruzada de las religiones hebrea e islámica”, José María Javierre. *Juan de la Cruz, un caso límite*. Salamanca: Sígueme, 2002, 14.

<sup>2</sup> “En ese país que llamamos la España del siglo XVI, tejida de sueños gloriosos y miseria agobiante, tocó vivir a Juan de la Cruz”, Javierre, *Juan de la Cruz*, 38.

Ves a la sazón el emperador, lo cierto es que a fin de poder financiar los gastos de los viajes, los virreinos, las capitales de corte, así como su lucha contra los turcos, se ve obligado a acudir a grandes banqueros de Alemania y Flandes, quienes le piden como garantía los tesoros traídos de tierras americanas. De esta manera, toda la riqueza extraída del nuevo continente pasará, vía España, hacia Amsterdam y Aushurgo. A lo anterior habría de añadirse otro mal: las constantes sequías que experimentó el país en la década de 1540 a 1550, a tal punto que las ferias comerciales de Castilla, famosas en el resto de Europa, —y de las cuales participaban el clan de los Yepes, la familia de Juan de la Cruz— van a sufrir un importante golpe por parte de los emergentes comercios de los puertos periféricos<sup>3</sup>.

Como dijimos anteriormente, en ese momento convergen tres grandes culturas en España: la judía, la musulmana y la cristiana. La urdimbre de ideas que se tejen en tierras de Cervantes y fray Juan contiene entrelazados hilos de estas tres culturas. Mientras tanto, el resto del Viejo Continente del siglo XVI es un verdadero enjambre de nuevos pensamientos que, con el tiempo, terminarán por derribar el tomismo imperante en la Baja Edad Media. El escolasticismo medieval hacía aguas, mientras que el universo aristotélico-tomista, con la Tierra en el centro, se iba desmoronando poco a poco. En 1543 Copérnico escribe su obra magna, *De revolutionibus orbium coelestium*, que desplaza a la Tierra del centro del universo, convirtiéndola en una *stella nobilis*. Ese mismo año Vesalio publica su *De fabrica corpore humano*, que establece los fundamentos de la anatomía moderna. Diversos autores de la época tratan el problema de cómo enfocar la política en los nuevos estados europeos, así como en tierras americanas. Además, en este enorme río turbulento que es Europa, las ideas se difunden

---

<sup>3</sup> Javierre, *Juan de la Cruz*, 85.

de manera nunca antes imaginada, gracias al ingenio de Gutenberg, plasmado en la invención de la imprenta<sup>4</sup>.

En medio de este clima intelectual es inquietante para los historiadores que España no produjera una obra filosófica comparable con la de Maquiavelo, Descartes o Bacon. Por ello, algunos han argumentado que el pensamiento español de esa época no se plasma en grandes obras sistemáticas, sino más bien en las creaciones literarias del llamado *Siglo de Oro*. De acuerdo a Miguel de Unamuno, por ejemplo, es posible encontrar el pensamiento español del siglo XVI oculto en la literatura de la época, especialmente en la mística<sup>5</sup>. No obstante, tal afirmación ha sido puesta en entredicho, sobre todo por parte de quienes consideran que la mística y la filosofía difieren tanto en sus objetos formales como en el modo de abordarlos. Desde esta posición se sostiene que, mientras la mística aspira a la unión sobrenatural con el Absoluto mediante la gracia, la filosofía se propone alcanzar mediante el sólo uso de la razón la Verdad y las causas últimas<sup>6</sup>.

*Su obra se ve influenciada tanto por el escolasticismo tomista como el humanismo naciente, mezclados ambos con numerosas referencias a los textos bíblicos.*

Al margen de las discusiones que puedan suscitarse al respecto, ciertamente es posible encontrar en la mística española —y particularmente en la obra de Juan de la Cruz— rasgos característicos de la época. Después de todo, Juan de la Cruz, como cualquier

<sup>4</sup> Para una visión filosófica y panorámica de la historia del pensamiento científico, véase Alexandre Koyré. *Estudios de historia del pensamiento científico*. Traducido por Encarnación Pérez Cedeño y Eduardo Bustos. México: Siglo Veintiuno Editores, 1977.

<sup>5</sup> Miguel de Unamuno, “Del sentimiento trágico de la vida”, en *Ensayos*. Vol. II. Madrid: Aguilar, 1958, 1004.

<sup>6</sup> Véase al respecto José Luis Abellán. *Historia crítica del pensamiento español*. Tomo II. Madrid: Espasa-Calpe, 1986, 294.

otra persona, fue un hijo de su tiempo. Su obra se ve influenciada tanto por el escolasticismo tomista como el humanismo naciente, mezclados ambos con numerosas referencias a los textos bíblicos. Con todo, la literatura sanjuanina no se identifica plenamente con los planteamientos filosóficos y teológicos de la época, en tanto que exalta una dimensión humana que no ha sido tomada en cuenta por sus contemporáneos, ni por los iniciadores de un pensamiento moderno cuyas raíces se hunden en la filosofía cartesiana<sup>7</sup>.

## 2. LA POESÍA DE FRAY JUAN: AMOR APASIONADO EN LOS LÍMITES DEL LENGUAJE

*... toda su obra  
literaria, y en  
especial su poesía  
es, como señala  
Gutiérrez, un  
titánico esfuerzo  
para decirnos que  
Dios nos ama*

Efectivamente, toda su obra literaria, y en especial su poesía es, como señala Gutiérrez, un titánico esfuerzo para decirnos que Dios nos ama<sup>8</sup>, que incluso en medio de la noche más oscura es posible vivir la unión gozosa con Dios y balbucear, por medio del lenguaje poético, algo, tan siquiera, acerca de ese encuentro. A caballo entre la Edad

<sup>7</sup> Al respecto véase Xavier Pikaza. *Amor de hombre, Dios enamorado. San Juan de la Cruz: una alternativa*. Bilbao: Desclee de Brouwer, 2004. A lo largo de su libro, Pikaza asevera reiteradamente que la obra de Juan de la Cruz presenta una antropología que no es contemplada por la filosofía que surge en la Modernidad con Descartes y se establece definitivamente en las obras de Kant y Hegel. La filosofía moderna, de raigambre cartesiana, se inicia con el *cogito ergo sum*, que deja de lado la dimensión amorosa del ser humano. Al contrario, la obra de Juan de la Cruz pone de manifiesto un amor esencial liberador, con lo cual deja ver una gratuidad amorosa que se expresa por medio de la poesía; véase especialmente 271-365.

<sup>8</sup> Véase Gustavo Gutiérrez. *La densidad del presente*. Salamanca: Sígueme, 2003, 118.

Media y el Renacimiento, Juan de la Cruz, quien nunca pretendió elaborar un sistema teológico o, menos aún, filosófico, le canta al amor que se manifiesta como unión de Dios con el ser humano. Ha entendido el amor como salud y salvación, como encuentro encarnado que se vive y se expresa poetizando. No ha escrito —como expresa Pikaza— ni un *Discurso del método*, ni una *Crítica*, al estilo kantiano; ni siquiera una *Fenomenología*<sup>9</sup>; ha hecho mucho menos y, de manera irónica, mucho más: se ha elevado por encima de los conceptos rígidos y ha dejado claro que cuando se trata de hablar de lo Divino, en lugar de recurrir a la razón *clara y distinta*, es mejor cantar.

A finales del siglo XIX advertía Menéndez y Pelayo, en su discurso de entrada a la Real Academia Española en 1881, las características de la obra sanjuanina que la ubicaban en continuidad con la poesía mística española —desde el castellano Judá Leví y el andalusí Salomón ben Gabirol, hasta Fray Luis de León— pero a la vez la diferenciaban de ella. Y es que en la poesía del santo de Fontiveros —apunta Menéndez y Pelayo— convergen la más arrebatada y erótica pasión humana con la más ardorosa devoción y teología mística<sup>10</sup>. Tal poesía es difícil de medir con criterios literarios, si bien es posible encontrar en ella deseos más encendidos que en cualquiera de las literaturas profanas; por ella, simplemente “ha pasado el espíritu de Dios, hermoseándolo y santificándolo todo”<sup>11</sup>. La materia de dicha poesía es amor puro, que se expresa en metáforas de pasión humana, tomadas del epitalamio antiguotestamentario del *Cantar de los Cantares*. En ella convergen el misterio y el silencio de la noche; pero también el calor meridional y

<sup>9</sup> Pikaza, *Amor de hombre*, 272.

<sup>10</sup> Marcelino Menéndez y Pelayo. *Estudios de crítica literaria*. Madrid: Imprenta de Antonio Pérez Dubrull, 1884, 51-52.

<sup>11</sup> Marcelino Menéndez y Pelayo. *Estudios de crítica literaria*, 51-52.

las flores; todo desperdigo en la hermosa metáfora del camino que asciende al Monte Carmelo<sup>12</sup>:

Mi Amado, las montañas,  
los valles solitarios nemorosos,  
las ínsulas extrañas,  
los ríos sonorosos,  
el silbo de los aires amorosos,  
la noche sosegada  
en par de los levantes del aurora,  
la música callada,  
la soledad sonora,  
la cena que recrea y enamora<sup>13</sup>.

En su poesía, Juan de la Cruz le ha cantado al amor como última realidad del ser. Amor divino, pero al mismo tiempo humano, ambos indiscernibles, ambos inseparables. El santo de Fontiveros ha dejado testimonio de que

*En su poesía,  
Juan de la Cruz  
le ha cantado al  
amor como última  
realidad del ser.  
Amor divino,  
pero al mismo  
tiempo humano ..*

*El [ser humano] es más que razón y pensamiento, más que ciencia y voluntad. El [ser humano] es un Ser-Amor cuya vida se despliega en un proceso de surgimiento personal y encuentro enamorado. Por eso la verdad del [ser humano] no se demuestra, ni se programa por ciencia, sino que se canta en libertad enamorada<sup>14</sup>.*

<sup>12</sup> Marcelino Menéndez y Pelayo. *Estudios de crítica literaria*, 53.

<sup>13</sup> Juan de la Cruz, “Cántico espiritual”, en *Obras completas*. Burgos: Monte Carmelo, 2003, 47. En adelante, al referirnos a esta edición la nombraremos como *Obras completas*. Hemos utilizado en el presente artículo también otra edición de la obra de Juan de la Cruz, a saber, *Vida y obras completas*. Edición preparada por Crisógono de Jesús, Matías del Niño Jesús y Lucinio del Sagrado Sacramento. Madrid: BAC, 1964; a ella nos referiremos como *Vida y obras completas*.

<sup>14</sup> Pikaza, *Amor de hombre*, 274. Hemos sustituido en paréntesis cuadrados la palabra “hombre”, por “ser humano”.

Juan de la Cruz, hijo de un pobre tejedor, teje también con su pluma. La urdimbre y la trama de su telar se entrelazan en “esos montes y riberas” del camino. La tela que de ellas resulta es multiforme y rica en delicados matices. Por esa razón su poesía no se puede encerrar en los moldes de una teología sistemática. Por eso él mismo se muestra reacio a comentar el amor que brota de sus poesías, pues “¿quién podrá escribir lo que a las almas amorosas, donde él mora, hace entender? Y ¿quién podrá manifestar con palabras lo que las hace sentir? Y ¿quién, finalmente, lo que las hace desear? Ciertamente, nadie lo puede; cierto, ni ellas mismas por quien pasa lo pueden”<sup>15</sup>. Y más adelante: “Los dichos de amor es mejor dejarlos en su anchura para que cada uno de ellos se aproveche según su modo y caudal de espíritu. . . Y así, aunque en alguna manera se declararan, no hay para qué atarse a la declaración”<sup>16</sup>.

Por eso, adentrarse en la obra de Juan de la Cruz es caminar en terrenos inseguros, pero también gratificantes; oscuros y, al mismo tiempo, llenos de luz. Desconcertantes afirmaciones, como las que plasmó en el dibujo del Monte de la Perfección que él mismo hizo y regaló a Magdalena del Espíritu Santo, nos llevan a la incertidumbre, pero a la vez al gozo que se expresa en la unión mística: “nada, nada, nada... y aún en el monte... nada; ya por aquí no hay camino; ni eso, ni eso, ni esotro, ni esotro”<sup>17</sup>. Perplejidad en el camino y gozo desbordante

<sup>15</sup> Juan de la Cruz, “Prólogo del Cántico espiritual, primera redacción”, en *Obras completas*, 1142.

<sup>16</sup> Juan de la Cruz, “Prólogo del Cántico espiritual, primera redacción”, en *Obras completas*, 1142.

<sup>17</sup> El dibujo puede verse en Juan de la Cruz, *Obras completas*, 136. Posteriormente Diego Astor realizó una nueva versión para la edición príncipe de 1618, ésta aparece también en la misma edición de las *Obras completas*, 149. Advertimos que, a fin de ser fieles a la estética propia de los textos sanjuaninos, hacemos uso del castellano de la época, tal y como lo encontramos en la mayoría de ediciones contemporáneas; la aclaración es pertinente debido al uso de vocablos como “esotro”, hoy caídos en desuso.

en la unión con el Amado convergen en la manifestación de un saber que no se encuadra en el molde del naciente conocimiento científico moderno; por el contrario, lo desbordan con hermosas metáforas:

*Qué bien sé yo la fonte que mana y corre,  
aunque es de noche.*

Aquella eterna fonte está escondida,  
qué bien sé yo do tiene su manida,  
*aunque es de noche.*

Su origen no lo sé, pues no le tiene,  
mas sé que todo origen de ella viene,  
*aunque es de noche*<sup>18</sup>.

Juan de la Cruz, “místico de frontera”, escapa a cualquier intento de definición clara y precisa<sup>19</sup>; al leerlo el oxímoron brota por doquier. Simplemente vive y escribe en el límite: “medieval y clásico en frontera con la modernidad, plenitud humana en la frontera de la transformación divina; contemplación de Dios en la frontera de la belleza humana y literaria”<sup>20</sup>. Literatura y teología se unen en la oscura noche sanjuanina, y de ellas surge un cántico gozoso en el que la creatividad, el encuentro afectivo de los amantes y la presencia divina se identifican<sup>21</sup>.

La “Subida al Monte Carmelo”, esto es, el itinerario hacia el encuentro y la unión con Dios, la realiza el alma “de noche”, símbolo que el Doctor Místico usa en un primer momento para describir la

---

<sup>18</sup> Juan de la Cruz, “Cantar del alma que se huelga de conocer a Dios por fe”, en *Obras completas*, 63. Las itálicas son del texto.

<sup>19</sup> Véase Federico Ruiz. *Místico y maestro. San Juan de la Cruz*; Madrid: Editorial de la Espiritualidad, 2006, 57 y ss.

<sup>20</sup> Juan de la Cruz, “Prólogo del Cántico espiritual, primera redacción”, en *Obras completas*, 1142, 57.

<sup>21</sup> Pikaza, *Amor de hombre*, 271.

privación de todos los apetitos (“Noche activa del sentido”)<sup>22</sup>, y después para referirse a la fe (“Noche activa del Espíritu”), la cual, aunque es una noche más oscura que la primera, involucra, no obstante, algo de luz, un tipo de conocimiento certísimo, superior a toda ciencia y conocimiento “hasta el punto de que sólo en la contemplación perfecta podemos alcanzar una recta idea de la fe”<sup>23</sup>. Esta noche es, para el alma, luz excesiva que le ciega y oprime su entendimiento<sup>24</sup>:

*Entréme donde no supe,  
y quedéme no sabiendo,  
toda ciencia trascendiendo*

Yo no supe dónde entraba,  
pero, cuando allí me vi,  
sin saber dónde me estaba,  
grandes cosas entendí;  
no diré lo que sentí,  
que me quedé no sabiendo,  
toda ciencia trascendiendo<sup>25</sup>.

<sup>22</sup> “Llamamos aquí *noche* a la privación del gusto en el apetito de todas las cosas, porque así como la noche no es otra cosa sino privación de la luz y, por el consiguiente, de todos los objetos que se pueden ver mediante la luz, por lo cual se queda la potencia visiva a oscuras (sic.) y sin nada, así también se puede decir la mortificación del apetito noche para el alma, porque, privándose el alma del gusto del apetito en todas las cosas, es quedarse como a oscuras y sin nada”, San Juan de la Cruz, “Subida al Monte Carmelo”, en *Vida y obras completas*, Libro Primero, capítulo 3, 1.

<sup>23</sup> Edith Stein. *Ciencia de la cruz. Estudio sobre San Juan de la Cruz*. Traducido por Lino Aquésolo Olibares. Burgos: Monte Carmelo, 2000, 95.

<sup>24</sup> “De aquí es que para el alma esta excesiva luz que se le da de fe le es oscura tiniebla, porque lo más priva [y vence] lo menos, así como la luz del sol priva otras cualesquier luces de manera que no parezcan luces cuando ella luce, y vence nuestra potencia visiva de manera que antes la ciega y la priva de la vista que se le da, por cuanto su luz es muy desproporcionada y excesiva a la potencia visiva; así la luz de la fe, por su grande exceso, oprime y vence la del entendimiento”, Juan de la Cruz, “Subida al Monte Carmelo”, en *Vida y obras completas*, Libro Segundo, capítulo 3, 1.

<sup>25</sup> Juan de la Cruz, “Coplas del mismo autor hechas sobre un éxtasis de harta contemplación”, en *Obras completas*, 57. Las itálicas son del texto.

Se avizoran aquí los umbrales de un lenguaje místico en el que Dios es el indecible, el irrepresentable, el elusivo, el “Totalmente otro”<sup>26</sup>; pero, al mismo tiempo, es un Dios apasionado, que ama, sufre y anhela la unión con el ser humano. El lenguaje simbólico-místico de la poesía sanjuanina recurre a la paradoja, y ubica la presencia de lo Divino en lugares en que humanamente no cabría encontrarla, como en la humilde persona de un sencillo pastor que se deshace en amores y sufre por su amada:

*... mientras que en otras tradiciones el místico y la mística pretenden alejarse del mundo sensible, la mística española del Siglo de Oro se asienta en el hecho de que Dios se ha encarnado en el mundo para vivir, amar, sufrir y morir como ser humano.*

---

<sup>26</sup> Los orígenes del término “místico” se relacionan directamente con el Misterio. El vocablo se deriva de *myster*: el iniciado en la religión mística, aquella persona que poseía un tipo de conocimiento especial que lo vinculaba directa e íntimamente con la presencia divina. También en Platón se encuentra el término. Para el fundador de la Academia, la divinidad es trascendente a nuestra inteligencia; empero, se puede lograr un cierto conocimiento que, con todo y ser oscuro, permite a algunos penetrar en la esfera de lo divino. Este conocimiento, a diferencia del puramente racional, no se expresa, sino por medio de imágenes y símbolos. En el *Timeo* se lee: “descubrir al hacedor y padre de este universo es difícil, pero, una vez descubierto, comunicárselo a todos es imposible”, “*Timeo*”, en Platón. *Diálogos*. Vol. VI. Traducido por María Ángeles Durán y Francisco Lisi. Madrid: Gredos, 1992, 28 c. Es justo aclarar que el concepto platónico de lo Divino es sumamente complejo y vago; ciertamente no es posible encontrar en el fundador de la Academia la idea de un Dios personal, único, trascendente e infinito, sino una especie de hilozoísmo o pananimismo semejante al primitivo animismo presocrático. Al respecto véase Rufus M. Jones, “Misticismo”, en Dagobert D. Runes. *Diccionario de filosofía*. Traducido por Ana Doménech, Sara Estrada, J. C. Baron y Manuel Sacristán. México: Grijalbo, 1981, 252-253. Finalmente, se pueden distinguir al menos tres culturas orientales que conforman las fuentes de donde fluyen los cultos místicos hacia el mundo helenístico: la egipcia, la asiaticomenor y la siria; a ellas se puede añadir también la iránica, especialmente en lo que respecta al culto a Mitra.

Un pastorico solo está penando,  
ajeno de placer y de contento,  
y en su pastora puesto el pensamiento,  
*y el pecho del amor muy lastimado*

No llora por haberle amor llagado,  
que no le pena verse así afligido,  
aunque en el corazón está herido;  
mas llora por pensar que está olvidado.  
Que sólo de pensar que está olvidado  
de su bella pastora, con gran pena  
se deja maltratar en tierra ajena,  
*el pecho de amor muy lastimado*<sup>27</sup>.

La poesía mística de fray Juan insiste, además, en destacar la relación amorosa que une a Dios con del ser humano; es lugar simbólico que expresa metafóricamente este apasionado encuentro nocturno:

¡Oh noche que guíaste!  
¡Oh noche amable más que la alborada!  
¡Oh noche que juntaste  
Amado con amada,  
amada en el Amado transformada!<sup>28</sup>

Expresión metafórica y simbólica de lo inefable y amor humano apasionado; ambas cosas van de la mano en la poesía de Juan de la Cruz. En conformidad con ello se nota aquí un aspecto distintivo de la mística carmelitana, a saber, mientras que en otras tradiciones el místico y la mística pretenden alejarse del mundo sensible, la mística

---

<sup>27</sup> Juan de la Cruz, “Otras canciones a lo divino (del mismo autor) de Cristo y el alma”, en *Obras completas*, 62. Itálicas en el texto.

<sup>28</sup> Juan de la Cruz, “Noche oscura”, en *Obras completas*, 55.

española del *Siglo de Oro* se asienta en el hecho de que Dios se ha encarnado en el mundo para vivir, amar, sufrir y morir como ser humano<sup>29</sup>. Se rescata así el hecho de que el Místico por antonomasia es Jesús, porque “es persona divina y hombre verdadero, en él se realiza la total unión y comunión entre Dios y el hombre (sic.)”<sup>30</sup>.

<sup>29</sup> Al respecto véase Hilda Graef. *Historia de la mística*. Traducido por Enrique Martí Lloret. Barcelona: Herder, 1970, 39. La deliciosa frase de Teresa de Jesús: “entended, que si es en la cocina, entre los pucheros anda el Señor” evidencia una espiritualidad que se vive en lo cotidiano. Con respecto a las particularidades de la mística carmelitana véase Ángel Valbuena. *Historia de la literatura española*. Vol. I. Barcelona: Editorial Gustavo Gili, 1974, pp. 699-750. Nos referimos a la especificidad de la mística carmelitana ya que habría que matizar, como lo hace Velasco, la expresión general “mística cristiana”, toda vez que encontramos no una, sino varias manifestaciones del fenómeno místico en la historia del cristianismo. El texto de Velasco profundiza, además, sobre las discusiones en torno a la posibilidad —o imposibilidad— del fenómeno místico dentro de una religión histórico-profética como el cristianismo; véase Juan Martín Velasco. *El fenómeno místico*. Madrid: Trotta, 2003, 209-233.

<sup>30</sup> Christine Kaufmann, “Mística”, en Casiano Floristán y Juan José Tamayo (editores). *Conceptos fundamentales del cristianismo*. Madrid: Trotta, 1993, 819. Adoptamos el significado que la autora otorga al término “mística”, como “la participación y la libre asunción de este itinerario de Cristo. . . la filial obediencia e inclinación amorosa ante el designio de Dios y la aceptación gozosa y libre del amor que él nos ofrece”, 819. Además, le añadimos el de Panikkar, de acuerdo con el cual la mística es “la experiencia de la realidad como un todo (integral) que no es la suma de sus partes ni tampoco un mero concepto formal”, Raimon Panikkar. *De la mística. Experiencia plena de la vida*. Barcelona: Herder, 2005, 65. No ignoramos que existe un pesado fardo de objeciones que comúnmente se le endosa a la mística. De ellas enumeramos algunas que ha destacado Tamayo. Se ha dicho, en primer lugar, que la mística es antiintelectualista y puramente emocional. Pero los más recientes estudios parecen desmentir esta acusación, al demostrar que en la experiencia mística se compaginan, en armonía, el intelecto y la afectividad, la reflexión y la espiritualidad. También algunos acusan a la mística de ser ahistórica. Si bien es cierto —como señala Tamayo— la mística tiene mucho de sueño, ella también está cargada de utopía y, como tal, “se ubica en el corazón de la historia, pero no acomodaticamente y a ras de suelo, sino críticamente y en el nivel de profundidad”. Relacionado con lo anterior, se ha dicho con frecuencia que los místicos intentan huir de la realidad. No obstante, la mística no es un fácil y relajado escapismo del mundo hacia un paraje ideal, alejado del entorno humano. Por el contrario, los místicos y las místicas son, con frecuencia, personas de una increíble entrega a los demás, que poseen una admirable capacidad de influir en la sociedad. Además la experiencia mística no siempre es placentera y, más bien, se ve atravesada constantemente por la inquietud, la “herida de amor” y, en no pocas ocasiones, el dolor. Aquí se percibe un elemento paradójico de la experiencia mística: es dulzura de amor que une, pero también es experiencia crucificante; es presencia

### 3. SUBIR EL MONTE CARMELO. . . Y TAMBIÉN BAJARLO

Con todo, es posible realizar una lectura selectiva de la literatura de Juan de la Cruz y quedarse con sus experiencias más “elevadas”, dejando por fuera lo que tiene que decir sobre la experiencia *humana, demasiado humana*, del desposorio místico. Dicho con la imagen de Pedro Casaldáliga y José María Vigil, cuando se suben las cumbres del Monte Carmelo siempre existe la posibilidad de quedarse contemplando al Misterio en las alturas. Sin embargo, también es preciso bajar por la ladera<sup>31</sup>.

Una teología que rescate la espiritualidad poética de Juan de la Cruz para la actualidad debe enfatizar en no verla como un refugio de escape ante las circunstancias adversas, sino como contemplación de la luz del Misterio que surge en medio de los conflictos e injusticias del contexto histórico y social. En América Latina, específicamente, esta espiritualidad se gesta, como dice Gutiérrez, en la “noche oscura de la injusticia”<sup>32</sup>, frase de marcado acento sanjuanino que

---

de Dios, pero al mismo tiempo es ausencia de él; es luz, pero también es oscuridad. Se ha argumentado con frecuencia que en el encuentro místico el sujeto se pierde y desaparece en el abismo de la Trascendencia. No obstante, “la experiencia mística implica la totalidad del sujeto, que, en su relación con Dios, se siente transformado y enriquecido en sus facultades cognitivas y afectivas”. Por último, en ocasiones se acusa a los místicos de ajustarse al *statu quo*; empero tal afirmación carece de fundamento; por el contrario, históricamente se puede constatar que los místicos y místicas suelen ser incómodos para el sistema religioso y/o político, por su carácter subversivo y desestabilizador. Como escribe Tamayo, las experiencias de los místicos “son objeto de estricto control por parte de los inquisidores. Sus mensajes están en el punto de mira de los poderes doctrinales, verdaderos cancerberos de la fe”, Juan José Tamayo. *Nuevo paradigma teológico*. Madrid: Trotta, 2003, 207-209.

<sup>31</sup> Pedro Casaldáliga y José María Vigil. *Espiritualidad de la liberación*. San Salvador: UCA Editores, 1993, 9.

<sup>32</sup> Gustavo Gutiérrez. *Beber en su propio pozo. En el itinerario espiritual de un pueblo*. Salamanca: Sígueme, 1984, 167.

*Una teología que rescate la espiritualidad poética de Juan de la Cruz para la actualidad debe enfatizar en no verla como un refugio de escape ante las circunstancias adversas, sino como contemplación de la luz del Misterio que surge en medio de los conflictos e injusticias del contexto histórico y social.*

recuerda la soledad y el sufrimiento que experimentan actualmente millones de personas. Sería necesario acotar también que este sufrimiento no es exclusivo de Latinoamérica, es también extensible a otros pueblos que viven sumidos en la pobreza y el desamparo. Sin embargo, a pesar de esta triste realidad, el paso por la soledad nos lleva, a la vez, a vivir una honda experiencia de comunidad. La luz del amor de Dios brilla en las oscuridades de nuestro mundo y se manifiesta en la comunidad fraterna, en el amor hacia la persona despreciada. No se trata —como nuevamente afirma Gutiérrez— de la existencia yuxtapuesta de dos etapas: primero la soledad y luego la comunión. Lo que ocurre es que en el interior de la primera acontece también la segunda<sup>33</sup>.

Desde esta perspectiva, una teología y una espiritualidad a tono con la poesía sanjuanina se enmarcan dentro de la experiencia contemplativa de Dios, que es intimidad profunda, amorosa y oscura con el Misterio<sup>34</sup>. Pero es, a la vez, contemplación que no se queda en las alturas del “Monte Carmelo”, sino que se materializa y se encarna en la historia humana, en sus luchas, sus esperanzas, sus alegrías, sus sufrimientos y su utopía.

Caminar con fray Juan de la Cruz es experimentar lo trascendente en la realidad inmanente de la vida<sup>35</sup>; es creer que el Misterio se

<sup>33</sup> Gustavo Gutiérrez. *Beber en su propio pozo*, 170.

<sup>34</sup> Segundo Galilea. *El camino de la espiritualidad*. Madrid: Paulinas, 1987, 159.

<sup>35</sup> Segundo Galilea. *El camino de la espiritualidad*. Madrid: Paulinas, 1987, 159.

encuentra presente en nosotros, en los demás, en la historia y en la naturaleza. La espiritualidad que brota de ese camino ha de ser comprometida, encarnada y sustentada “en la vida, en la acción, especialmente en todas las formas de amor fraterno”<sup>36</sup>. El camino de esa espiritualidad se encuentra lleno de luz, pero también de tinieblas; es ambiguo, porque recorre la historia humana y tal historia está llena de contradicciones. Como manifiesta Galilea

*La experiencia humana nos dice que “leer” la presencia del amor de Dios en los acontecimientos de la vida es de suyo desconcertante. No conocemos el fondo de los designios de Dios sobre cada persona, sobre las realidades y sobre la historia. Más aún, en relación al amor y al Reino de Dios, la realidad es ambigua y oscura: contiene pecado, egoísmo, lujuria, injusticias... A primera vista el Dios de la historia nos desconcierta; experimentamos un “silencio de Dios” que nos atemoriza... La realidad es al mismo tiempo presencia y ausencia de Dios<sup>37</sup>.*

Al leer hoy teológicamente la poesía de Juan de la Cruz se debe tener claro que la experiencia cristiana de unión con Dios ocurre en dos lugares fundamentales, a saber, en la contemplación de Dios en la persona de Jesús, mirada apacible y silenciosa que germina en la oración y el recogimiento, y en el encuentro humano amoroso, lugar teológico en que acaece la presencia misma del Crucificado, en línea con lo que establece el texto evangélico de Mt. 25. 31-46. Ambos lugares se funden en uno solo, de lo contrario la vida cristiana se desdibujaría en un puro activismo político, carente del sustento del Espíritu, o bien en una religiosidad espiritualista, totalmente desligada de la realidad.

Es preciso, entonces, “subir” y “bajar” el Monte de la contemplación; pero sabiendo que, al mismo tiempo, cuando más lo subimos más lo

<sup>36</sup> Segundo Galilea. *El camino de la espiritualidad*. Madrid: Paulinas, 1987, 160.

<sup>37</sup> Segundo Galilea. *El camino de la espiritualidad*. Madrid: Paulinas, 1987, 163.

bajamos, sumergiéndonos en la *kenosis* de la encarnación del Verbo. Las palabras de Casaldáliga y Vigil son elocuentes al respecto:

*La tradición cristiana anterior nos educó bajo un modelo de oración que «subía», pero no «bajaba», como plásticamente lo sugiere el título clásico de la «Subida al Monte Carmelo». El elevador de la oración nos podía dejar ahí, en las nubes, inactivos. Y eso no vale. Porque Dios no necesita de nuestra oración ni está en las nubes. Los que necesitamos de la oración somos nosotros y los hermanos; y tampoco andamos por las nubes, sino por el trabajado y conflictivo camino de la construcción del Reino. Nosotros creemos que hay que subir y bajar, y que tanto más subimos por la falda del monte del Reino cuanto más bajamos y nos sumergimos en la kénosis de la encarnación, en la pasión por la realidad y por la historia<sup>38</sup>.*

Por último, Gustavo Gutiérrez ha destacado algunas características de la vida y obras de Juan de la Cruz que pueden resultar interesantes y relevantes para el quehacer teológico contemporáneo<sup>39</sup>. A manera de conclusión comentamos tres de ellas, acompañándolas con algunos versos de la pluma del Doctor Místico.

En primer lugar, encontramos en Juan de la Cruz un profundo testimonio del amor divino manifestado como gratuidad; gracia que nos recuerda que Dios es el que libremente hace llover sobre el desierto, “simplemente porque le gusta ver llover”<sup>40</sup>. Amor libre y gratuito que echa por tierra toda idolatría que se mueve en la lógica del interés egoísta. Gracia que se manifiesta como hermosura cultivada por un Dios hortelano en las simples florecillas del campo:

---

<sup>38</sup> Casaldáliga y Vigil, *Espiritualidad de la liberación*, 159.

<sup>39</sup> Gutiérrez, *La densidad del presente*, 119-128

<sup>40</sup> Gutiérrez, *La densidad del presente*, 120.

¡Oh bosques y espesuras,  
plantadas por la mano del Amado!  
¡Oh prado de verduras,  
de flores esmaltado!  
Decid si por vosotros ha pasado.  
Mil gracias derramando  
pasó por estos sotos con presura,  
e, yéndolos mirando,  
con su sola figura  
vestidos los dejó de su hermosura<sup>41</sup>.

En la poesía sanjuanina es recurrente, además, el tema del camino<sup>42</sup>, fecunda imagen de tintes bíblicos, que en la pluma de Juan de la Cruz ha quedado inmortalizada como sendero oscuro que conduce al monte de la perfección. Las teologías liberadoras han adoptado la metáfora del camino para dar a entender con ella el proceso que conduce a un orden social justo y de libertad personal. Como a Juan de la Cruz, también a los oprimidos de la tierra les corresponde caminar de noche, guiados únicamente por el amor de Dios, que se vuelca sin medida hacia ellos:

En una noche oscura,  
con ansias, en amores inflamada,  
¡oh dichosa ventura!  
salí sin ser notada  
estando ya mi casa sosegada...  
En la noche dichosa,  
en secreto, que nadie me veía,  
ni yo miraba cosa,  
sin otra luz y guía,  
sino la que en el corazón ardía<sup>43</sup>.

<sup>41</sup> Juan de la Cruz, “Cántico espiritual”, en *Obras completas*, 48.

<sup>42</sup> Gutiérrez, *La densidad del presente*, 122-124.

<sup>43</sup> Juan de la Cruz, “Noche oscura”, en *Obras completas*, 54.

La poesía sanjuanina irradia, además, un profundo gozo, aún en medio del sufrimiento de la noche. Es aquel gozo que hace que el santo rompa a cantar, aún en la sucia y lóbrega prisión de Toledo. Es el gozo de la unión con el Amado, que va más allá del sentimentalismo rosa con que se quiere cubrir el amor en la actualidad:

Gocémonos, Amado,  
y vámonos a ver en tu hermosura  
al monte y al collado,  
do mana el agua pura;  
entremos más adentro en la espesura.  
Y luego a las subidas  
cavernas de la piedra nos iremos,  
que están bien escondidas,  
y allí nos entraremos,  
y el mosto de granadas gustaremos<sup>44</sup>.

No es necesario comentar mucho acerca de este gozo que se vive en medio de la “noche oscura”. La experiencia de nuestros pueblos, que aún sumidos en el dolor y la pobreza no se olvidan de celebrar, de reír, de bailar y cantar, hacen superfluas las palabras. Juan de la Cruz vio a su madre mendigar, quedó huérfano de padre siendo niño, le murió de hambre un hermano, y, con todo eso, no perdió la capacidad de buscar motivos por los cuales alegrarse. Su experiencia de vida y su poesía sirven de aliento para los pueblos que caminan y luchan en medio de la adversidad, por hacer posible una sociedad más justa, más inclusiva, más alegre y más humana.

### **Bibliografía**

- Abellán, José Luis. *Historia crítica del pensamiento español*. Tomo II. Madrid: Espasa-Calpe, 1986.
- Casaldáliga, Pedro y José María Vigil. *Espiritualidad de la liberación*. San Salvador: UCA Editores, 1993.

---

<sup>44</sup> Juan de la Cruz, “Cántico espiritual”, en *Obras completas*, 87.

- De la Cruz, Juan. *Obras completas*. Burgos: Monte Carmelo, 2003.
- \_\_\_\_\_. *Vida y obras completas*. Edición preparada por Crisógono de Jesús, Matías del Niño Jesús y Lucinio del Sagrado Sacramento. Madrid: BAC, 1964.
- Floristán, Casiano y Juan José Tamayo (editores). *Conceptos fundamentales del cristianismo*. Madrid: Trotta, 1993.
- Galilea, Segundo. *El camino de la espiritualidad*. Madrid: Paulinas, 1987.
- Graef, Hilda. *Historia de la mística*. Traducido por Enrique Martí Lloret. Barcelona: Herder, 1970.
- Gutiérrez, Gustavo. *Beber en su propio pozo. En el itinerario espiritual de un pueblo*. Salamanca: Sígueme, 1984.
- \_\_\_\_\_. *La densidad del presente*. Salamanca: Sígueme, 2003.
- Javierre, José María. *Juan de la Cruz, un caso límite*. Salamanca: Sígueme, 2002.
- Koyré, Alexandre. *Estudios de historia del pensamiento científico*. Traducido por Encarnación Pérez Cedeño y Eduardo Bustos. México: Siglo Veintiuno Editores, 1977.
- Menéndez y Pelayo, Marcelino. *Estudios de crítica literaria*. Madrid: Imprenta de Antonio Pérez Dubrull, 1884.
- Panikkar, Raimon. *De la mística. Experiencia plena de la vida*. Barcelona: Herder, 2005.
- Pikaza, Xabier. *Amor de hombre, Dios enamorado. San Juan de la Cruz: una alternativa*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 2004.
- Platón. *Diálogos*. Vol. VI. Traducido por María Ángeles Durán y Francisco Lisi. Madrid: Gredos, 1992.
- Ruiz, Federico. *Místico y maestro. San Juan de la Cruz*. Madrid: Editorial de la Espiritualidad, 2006.
- Runes, Dagobert. *Diccionario de filosofía*. Traducido por Ana Doménec, Sara Estrada, J. C. Baron y Manuel Sacristán. México: Grijalbo, 1981.
- Stein, Edith. *Ciencia de la cruz. Estudio sobre San Juan de la Cruz*. Traducido por Lino Aquésolo Olibares. Burgos: Monte Carmelo, 2000.
- Tamayo, Juan José. *Nuevo paradigma teológico*. Madrid: Trotta, 2003.
- Unamuno, Miguel de. *Ensayos*. Vol. II. Madrid: Aguilar, 1958.
- Valbuena, Ángel. *Historia de la literatura española*. Vol. I. Barcelona: Editorial Gustavo Gili, 1974.
- Velasco, Juan Martín. *El fenómeno místico*. Madrid: Trotta, 2003.



*Manuel Ortega es costarricense, docente de la Escuela de Filosofía y la Escuela Ecuménica de Ciencias de la Religión de la Universidad Nacional de Costa Rica. Profesor de introducción a la filosofía en la UBL.*

